

## Un redactor soviético dio vida al apodo de la exmandataria

de Heath a los sindicatos. En torno a Thatcher se creó un grupo intelectualmente seguidor del economista Friedrich Hayek y que tenía al diputado y exministro Keith Joseph como principal referencia. Contra los pronósticos, Thatcher derrotó a Heath en la batalla por el liderazgo del partido y, tras cinco años en la oposición, llegó al 10 de Downing Street después del 'invierno del descontento', en el que se había quebrado el pacto social entre el Gobierno laborista y los sindicatos para la contención salarial.

La descripción de la decadencia británica que inspiraba a este grupo conservador se basaba en el rechazo de una economía con grandes empresas absorbidas por el Estado cuando producían pérdidas, con alta inflación que parecía endémica, un Gobierno que tenía que pedir socorro al FMI ante repetidas crisis en torno a la libra y en la que percibían una deriva nihilista en la cultura.

### Consagración doméstica

En sus primeros años de mandato, la política de austeridad convirtió a Thatcher en la primer ministro más impopular desde la invención de los sondeos. Altos tipos de interés (17%) y recortes presupuestarios provocaron un aumento de un millón de personas en el desempleo... Voces críticas de su Gobierno y su partido de aquellos a los que ella llamó 'húmedos' fueron acalladas en el congreso de 1980, cuando pronuncia una de sus frases memorables: «La señora no va a retroceder». La invasión de las Malvinas por la Junta Militar argentina era un reto al Gobierno en su momento de máxima debilidad, pero la victoria fue una consagración doméstica de Thatcher, que arrolló al dubitativo laborismo, escorado a la izquierda tras la derrota de 1979. La victoria abrumadora en 1982 creó una líder política ya segura del correcto curso de sus acciones.

El político que más contribuyó a su derrocamiento, Michael Heseltine, había iniciado en 1980 la privatización de viviendas municipales, que tuvo consecuencias profundas en la sociedad, al emerger una clase de obreros propietarios que sería el principal activo político y electoral de sus mandatos. En el segundo, las privatizaciones de empresas públi-

cas se convertirían en su política más imitada en el mundo. Las de British Telecom o British Petroleum fueron grandes eventos sociales, con compras de acciones por personas que no las habían tenido antes y vivían la euforia de un 'capitalismo popular', alentado por la transformación electrónica de los mercados bursátiles.

Thatcher estaba entrando ya en el planeta de los grandes líderes británicos del siglo XX. Había destruido al sindicato minero en una larga contienda a la que no habían sobrevivido otros jefes de Gobierno, sostenido el pulso a la huelga de hambre de

### La sociedad británica la percibió como la salvadora del orgullo nacional

### Fue la primer ministro más impopular desde la invención de los sondeos

los presos del IRA y también el pulso de los unionistas norirlandeses, aliados frecuentemente necesarios en el Parlamento, tras su firma del Acuerdo Anglo-Irlandés con el Gobierno de Dublín, en 1985.

Su tercer mandato estuvo marcado por la división y la caída doméstica, y por su gran victoria internacional. La caída del 'telón de acero', el desmoronamiento de una Unión Soviética incapaz de seguir la carrera armamentística de Ronald Reagan, apoyado siempre por su más firme aliada, le permitió visitar Moscú para negociar con Gorbachov los términos

Margaret Thatcher durante en la conferencia del de su partido, en octubre de 1989. :: REUTERS



Margaret y Denis Thatcher, el día de su boda, en 1951. :: AP

catura en un simpático dipsómano que, entre gintonic y gintonic, vivía asombrado de la furia de su mujer y aterrizado por las fechorías de su hijo Mark. Pero esa frase que Denis le dijo en la noche del 27 de noviembre de 1990 transformó a la líder herida por la revuelta de sus escaños y que aún quería resistir en la mujer que abandonó su puesto con lágrimas mientras las tropas preparaban la derrota de Irak en Kuwait.

Tras la gloria, la rápida desintegración. Sus amigos decían que estaba ida, ensimismada en su recreación del pasado. Denis murió en 2003 y se acabó la vida social con copiosa bebida. Su último tiempo es el de la reconciliación con su hija Carol, con quien había tenido, como con su madre y su hermana, una relación tensa. Siempre le habían atraído, además de su marido, los hombres peligrosos, los ministros Cecil Parkinson, Iain Aitken, el propio Tim Bell. Algunos le fueron fieles hasta su último día. Otro amigo leal, el exdirector del Daily Telegraph, Charles Moore, no entra en esa categoría. Ha preparado durante años, con acceso ilimitado a ella, a amigos y colaboradores, a sus papeles, la biografía que se publicará tras su muerte, y que establecerá la versión canónica de su vida y trayectoria.

Es tentador contentarse con un recuerdo de Margaret Thatcher como una jefe de Gobierno polémica que se mantuvo once años en el poder y lo ejerció con un estilo más bien centrado en las tácticas duras, orden y mando, ahora desmontó los sindicatos, luego privatizó, abarató la sanidad y la educación y más adelante hizo la guerra de la Malvinas. Pero la Dama de Hierro fue muchas más cosas y algunos de los ejemplos de su larga carrera merecen perdurar. Es difícil encontrar en la política contemporánea tanto tesón, trabajo y

JOSÉ M. DE AREILZA  
PROFESOR DE ESADE LAW SCHOOL

## NADIE DESPUÉS DE THATCHER



determinación para llegar a lo más alto. La chica del pueblo perdido de Gratham en la que nadie se habría fijado fue preparada con meticulosidad por su padre, un modesto tendero con afición a la política. Borró hasta su acento para llegar, en parte gracias a una carambola, a la universidad de Oxford, la cuna por excelencia de los líderes británicos.

Se convirtió en una estrategia formidable en su difícil ascenso paso a paso en el escalafón de su partido, dominado por hombres de mejor clase social, y en la carrera por el prestigio en la Cámara de

los Comunes. Se apoyó en la posición económica acomodada de su marido para poder dedicarse solo a la política y en parte por eso no entendió nunca las reivindicaciones feministas. Hizo la revolución desde arriba: dio por completo la vuelta al ideario conservador, y rompió el consenso económico existente a favor del Estado social y su peligrosa evolución hacia la cultura del subsidio.

A cambio, promovió un capitalismo popular, basado en decisiones de individuos propietarios y libres, tarea en la que cabalgó junto con su aliado y amigo Ronald

Reagan. Pero lo más llamativo de Margaret Thatcher es que no se parecía a nadie y que nadie ha seguido su estilo de mando y expresión. Los siguientes primeros ministros han mantenido muchas de sus políticas, incluido por supuesto Tony Blair, pero ninguno ha alcanzado la seguridad que ella tenía en la acción. Con su hábito de dar siempre un paso al frente, que entendía como la única manera limpia de tener el poder y rendir cuentas, Thatcher labró su peculiar modo de ser y de actuar e hizo del mismo una moral de la responsabilidad.